

# Josep Ferrater Mora

El filósofo Josep Ferrater Mora (1912-1991) es sin duda uno de los intelectuales catalanes injustamente poco recordados o, como mínimo, insuficientemente reconocidos. Injusticia manifiesta ante la magnitud y la importancia de su obra, con títulos como 'Les formes de la vida catalana' o su monumental 'Diccionario de Filosofía'. En el año de su centenario, y con ocasión de la fiesta literaria que representa la Setmana del Llibre en Català, reivindicamos la figura de este pensador



# Sabiduría en plenitud

JORDI AMAT

El destino casi insoslayable de los intelectuales de primer nivel tiende a ser doble: la disolución magnética en el imaginario de su sociedad o la oportuna minimización de su legado sin que haga falta rebatirlo o llegar a desmentirlo. En Catalunya, la pervivencia de Josep Ferrater Mora ha caído, más bien, en la segunda de las dos variantes. Aunque fue y podría seguir siendo una figura central de la cultura catalana contemporánea, hasta ahora lo ha sido quizás de una manera selectiva o, incluso, reducida a la caricatura del teórico de la catalanidad. Un librito escrito a toda prisa –*Les formes de la vida catalana*–, sin ambición, casi circunstancial, es responsable de esta disfunción. Pero Ferrater Mora es más. Muchísimo más. Y este más quizás sea la causa por la cual no ha sido fácil integrarlo en la hegemonía intelectual de la Catalunya de la democracia. Este 2012 se conmemoran, oficialmente, los centenarios del nacimiento de Joan Sales, Tísner y Pere Calders. Por ahora, que se sepa, no se ha organizado el Año Ferrater Mora.

Para empezar quizás habría que repetir una obviedad. Se trataría de recordar la magnitud extraordinaria de un pensador personal y destacar la valía capital de un profesional de la filosofía de primera magnitud. Profesional en el mejor sentido de la palabra, pensando en aquella que no tardó en convertirse en su obra más influyente: el *Diccionario de Filosofía*, suma de saber sistematizado sencillamente incomparable en toda la cultura occidental. En 1941 se editaba por primera vez. El germen del proyecto, sin embargo, venía de un poco antes.

## Un pensador profesional

Como documenta la web Filosofía en Español ([www.filosofia.org](http://www.filosofia.org)), en 1935, Ferrater Mora, cuando todavía estudiaba Filosofía en la Universitat de Barcelona (se licenció en 1936), recibió el encargo de preparar o como mínimo de colaborar en la versión española de un diccionario clásico alemán: *Philosophisches Wörterbuch* de Heinrich Schmidt. El libro no se llegó a publicar y eso me obliga a formular conjeturas. Se trataba de un proyecto de alta divulgación y no es improbable que fuera la editorial Labor –especializada en libro técnico– quien lo sacara adelante (en Labor había aparecido su traducción de *Pedagogía sistemática* de W. Flitner). Con toda seguridad escribió las entradas dedicadas a Ors, García Morente y Ortega. Aprendió así a redactar entradas de diccionario. La tarea no fue en vano. A finales de 1939, en el exilio, ya preparaba su diccionario. En abril de 1941 fechaba el

prólogo en La Habana. “En filosofía, más que en ninguna otra cosa, es obligada la tradición”, afirmaba con resonancias orsianas. La editorial Atlante de México no tardó muchos meses en publicarlo.

Rápidamente lo hizo llegar a quien había sido su maestro: Joaquim Xirau, exiliado. El 17 de junio de 1941 Xirau acusaba recibo. La carta, que se puede leer a la web de la Cátedra Ferrater Mora de la Universitat de Girona, es impresionante porque se escribe sobre los escombros de un sueño truncado. “Lamento vivamente no estar prop de V. i no poder col·laborar amb tota la intimitat que ens proposàvem fer-ho a Barcelona. Espero que les circumstàncies ens permetran de fer-ho un altre dia. Ho faci tot com si aquest dia hagués de venir. Jo no dubto que vindrà.” Al cabo de cinco años, Xirau, que había sido decano de la Facultad de Filosofía y Letras, moría en México. En la carta el profesor animaba al discípulo para que siguiera trabajando el diccionario. “No hi ha en castellà un diccionari clàssic d'autoritat. Això és obra de molts anys. Vostè el pot fer. Valdria la pena que hi dediqués una part de la seva vida.” Ferrater Mora le hizo caso. A lo largo de treinta años lo rehizo, a menudo de manera casi integral, como si aquello hubiera sido un deber civil con la filosofía hispánica (incluida la catalana) más que no la obra de la vida de un autor.

En 1944 publicaba la segunda edición del *Diccionario*. La nueva versión, más un breve ensayo sobre Unamuno, se convirtieron en su principal carta de presentación para consolidar la carrera universitaria en Estados Unidos y para conquistar prestigio en el exilio y en el interior de España. El 1950, Eugeni d'Ors, en *La Vanguardia*, ya profetizaba que el profesor se convertiría en un clásico. Aquí también lo pensaba un Julián Marías y un poco más adelante Arangu-

ren. Allí enseguida tomaron nota dos de las figuras más influyentes del exilio liberal: Américo Castro y Pedro Salinas. Con los dos entablaría buena amistad. A finales de 1946, poco antes de instalarse en Estados Unidos, recibía carta de Jorge Guillén. Guillén descubría en Ferrater la continuidad de la elaboración de pensamiento en castellano. Se había incorporado a la élite del panorama intelectual español.

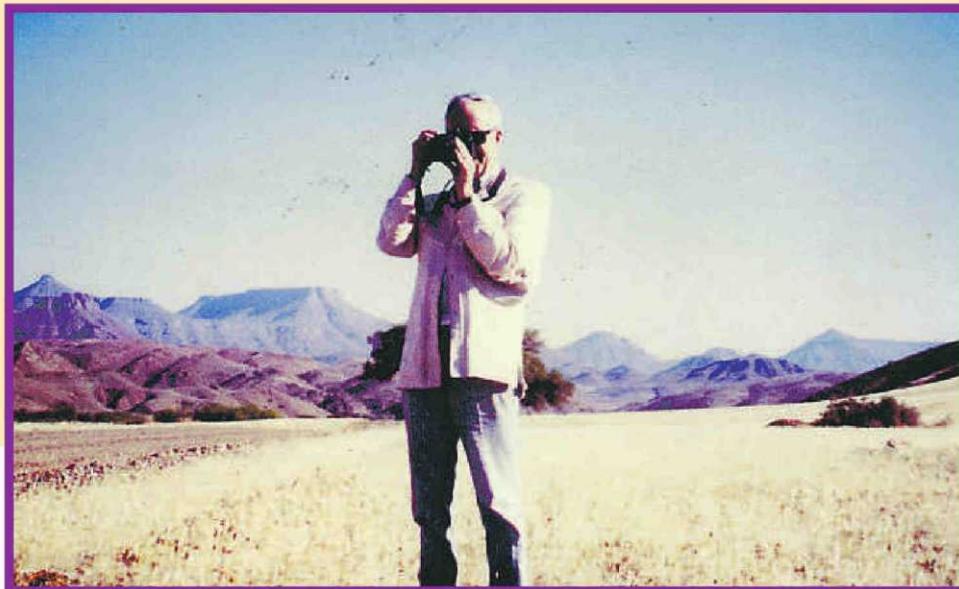
## Integracionismo

El *Diccionario* iba a ser cara y cruz de su biografía. Él habría deseado que no fuera su obra de referencia y las cosas tal vez podrían haber ido de otra manera. Excavando en su prehistoria descubrió un diamante olvidado: *Cóctel de verdad*, un libro de jovialidad culto, publicado en 1935 en una colección que propulsaba la modernidad nuclear de la *Revista de Occidente* de Ortega. Juguetón, fino y rehabilitando la óptica D'Ors, su obra prima, escrita con veintinueve años, revela un talento fascinado simultáneamente por los grandes pensadores y por el jazz o el cine. Se estrenaba, pues, como un ensayista a través del cual se oían las más intensas palpitaciones del tiempo. Pero este camino quedó rápidamente abortado y más adelante la vocación inicial de ensayista se fue metamorfoseando en ambición de pensador, siempre cautiva de la sombra poderosa que el *Diccionario* nunca dejaría de proyectar.

El Ferrater Mora de madurez quiso inscribir una reflexión propia en el pensamiento internacional de la posguerra mundial. La teoría que propuso era el *integracionismo*: una forma de pensamiento conciliadora, tocada por el don de la fría racionalidad y apta para distinguir aquello valioso del pensamiento ajeno. La noción de integración ya aparecía en sus ensayos de psicología colectiva de los años cuarenta –lo detectaba

el crítico Guillermo de Torre en el año 1943– y la acabó de formular en el ambicioso *El ser y la muerte. Bosquejo de una filosofía integracionista*, de 1962 –premiado por el comité español del Congreso por la Libertad de la Cultura–; pero donde lo encuentro expuesto de una manera más sugerente es en las páginas finales de *El hombre en la encrucijada*. A mediados de 1952, anunciaba a su amigo Joan Oliver, con un punto de ironía, que sería su *opus magnum*. Pedro Lain –rector de la Universidad de Madrid– le decía que era “una de las más finas producciones intelectuales impresas en castellano durante estos últimos lustros.” No le faltaba razón. Ante la crisis de conciencia en la cual se encontraba el hombre contemporáneo –días de Heidegger, días de existencialismo– la única salida al mundo kafkiano era buscar un equilibrio dinámico entre aquellos elementos que tradicionalmente habían dado sentido a la existencia: Dios, la Naturaleza, la Sociedad, el Hombre.

El integracionismo, tan secamente expuesto, respondía –como pasa a menudo– a características singulares de la fisonomía moral del escritor: la conciliación entendida no como una forma de debilidad sino de fortaleza y exigencia racional porque ninguna teoría será nunca capaz de dar explicación definitiva de la condición humana. En el fondo postulaba, para decirlo con sus palabras, para conjurar el riesgo de un eclecticismo trivial, una “incesante dialéctica”. Quizás parezca una elucubración encapsulada en el gremio profesional de la filosofía. Sería un grave error creerlo así. La lección de Ferrater Mora tiene que ver con el talento de un sujeto arraigado y desarraigado, escéptico y vitalista, combativo y pragmático. Su legado más aprovechable es una lección, teatralmente desganada, de complejidad irónica. |



A la derecha, Ferrater Mora tomando fotografías en un viaje a Namibia en 1988. A la izquierda, retrato del

filósofo en fecha indeterminada

FOTOS: CÁTEDRA FERRATER MORA DE PENSAMENT CONTEMPORANI – UDG



'Les formes de la vida catalana'

# Equívoco inevitable

J. A.

Después la muerte de Jaume Vicens Vives, la sociedad intelectual catalana sintió una enorme sensación de orfandad. Junio de 1960. Durante aquel verano se empezó a gestar un homenaje al historiador que publicaría *Serra d'Or*. En la sala de máquinas, como casi siempre, Albert Manent, que solicitó un artículo a Josep Ferrater Mora. Le proponía como tema "el concepto de hombre catalán" de Vicens. "Recuerdo que vaig ésser jo qui li va fer conèixer les vostres *Formes de la vida catalana* (edició xilena) i que no en va poder parlar perquè la seva *Notícia* ja estava tirant-se." No me consta que Ferrater Mora escribiera el artículo, pero el dato que aporta la carta de Manent es valioso. Certifica que Vicens leyó las *Formes* con posterioridad a la primera escritura de *Notícia de Catalunya*, dos libros que a partir de la segunda edición del clásico de Vicens quedarían hermanados. De hecho, el último capítulo, incorporado a la edición definitiva, proponía un diálogo con Ferrater Mora sobre "los resortes psicológicos colectivos de los catalanes". "No podem dir que la història de Catalunya sigui un perpetu condicional, petita reliscada lèxica de Ferrater Mora. No. La vida dels catalans és un acte d'afirmació continuada: és el sí, no el si." Subrayar esta discrepancia implicaba que Vicens sí creía en un esencialismo catalán, base del proyecto del catalanismo. Ferrater Mora, sin embargo, no es que hubiera resbalado. Es que no compartía el

planteamiento. Pero las *Formes*, a pesar de eso, aún están consideradas como un título canónico de la tradición del catalanismo.

El equívoco, tal vez, era inevitable. Santiago de Chile, 16 de mayo de 1943. Se celebran los terceros Jocs Florals de la Llengua Catalana en el exilio. En aquella ocasión, el consistorio que concedía los premios lo presidía Margarita Xirgu y lo integraban, entre otros, Xavier Benguerel y Cèsar August Jordana. El patriotismo del discurso que leyó la presidenta no podía ser más emotivo.

## El libro de Ferrater se hermana, desde la discrepancia, con la 'Notícia de Catalunya' de Vicens Vives, ambos fundamentales en la definición del catalanismo

"S'ha dit moltes vegades que el llenguatge és l'ànima de Catalunya. Aquesta festa ho repeteix, amb la joia de poder dir lliure allò que només es pot dir en veu baixa, com un terrible secret, en les llars turmentades de la pàtria." Joan Oliver, que vivía en Chile, ganó la Flor (acésit para Bartra) y Josep Carner se llevó la Viola. Uno de los premios importantes -el Concepció Rabell de prosa literaria- lo mereció otro exiliado: Josep Ferrater Mora, por *Les formes de la vida catalana*. Parece que la situación material del joven filósofo de treinta años era complicada y que fueron los amigos catalanes que había hecho en Chile -Oliver y su grupo, que lo ayudaban a mantenerse económicamente- los que

lo empujaron a escribir aquellas cuartillas. La Agrupació Patriòtica Catalana de Xile las publicaba el cabo de un año, en edición catalana y castellana, haciendo constar que el original había ganado aquel premio de los Jocs Florals.

Publicado en aquellas circunstancias dramáticas para la pervivencia de la catalanidad, todo invitaba a concebir *Les formes...* como un breviario de supervivencia de una identidad política amenazada. Pero el librito no era eso. Sin lamentarse ni reivindicando nada para el futuro, como era tan lógicamente habitual en los papeles del exilio, el ensayo de Ferrater -escrito con prosa espesadísima que más bien estaba concebido como una reflexión no sobre qué tipo de gente somos (para decirlo con Gaziol) ni sobre nuestro espíritu (citando, ahora, a Trueta) sino sobre cuáles podían ser las mejores virtudes -continuidad, *seny*, mesura, ironía- para vertebrarnos

como ciudadanía moderna en el marco que consideraba propio (España, Europa, el Mediterráneo). No era un libro de combate ni, en ningún caso, nacionalista. Como supieron detectar sus lectores más atentos -los más críticos-, era un libro infiltrado de *orsianismo* de la cabeza a los pies. Y el nombre y la influencia de Eugeni d'Ors, en la cultura catalana del momento, representaban un estigma condenable.

La condena por pecado de orsianismo, sin demasiada fortuna, la elaboró Núria Folch en una reseña implacable que en 1944 apareció en los *Quaderns del Exili* que ella y un reducido grupo de nacionalistas catalanes componían en México. Folch era esposa del novelis-

ta Joan Sales y quién sabe si había entrevistado a Ferrater Mora en la Facultad de Filosofía de la Universitat de Barcelona antes de la guerra. Más de veinte años después, también en el exilio, en un libro que es pura dinamita festiva -*Com han estat i som els catalans*-, Rodolf Llorens intentaba hacer estallar el tópic: "Això de la continuïtat, el *seny*, la mesura i la ironia, en el nostre cas, són falòrnies i badomeries, i és ben fàcil de descobrir-ne l'eiximtu si heu llegit *La Ben Plantada* i esteu iniciat en l'orsisme". Todos los que desde el nacionalismo se han acercado seriamente al libro han experimentado este rechazo.

Claro está que Ferrater Mora no hacía trampas. En el más que notable *Llibre del sentit* (1948), donde se incluye un ensayo sobre el *seny* como eje teórico de la filosofía orsiana, afirmaba lo siguiente: "La periòdica conversió d'un poble en una estàtua de sal que mira sempre endarrere és una de les causes que poden fer d'aquest poble un perfecte sonàmbul." No me extraña que alguien tan fascinado para vivir el presente con intensidad irónica como Josep Maria Castellet quedara atrapado por los textos catalanes de Ferrater Mora. Así se lo transmitía, por carta, en agosto del 57. "*Les formes de la vida catalana* és un llibre que voldria comentar llargament amb vostè. Però és, encara, un tema més difícil de tractar per carta que els altres: hi juguen sempre tantes i tan complexes emocions, sentiments i ressentiments i prejudicis, etc! És clar que tot això vostè ho supera i és precisament per aquesta raó que m'agradaria parlar de Catalunya ("me duele Catalunya!" com cap dels catalanistes que em miren de reüll es podria creure) que voldria parlar amb vostè". Diez años después, como explica en su último libro de recuerdos, Castellet lo haría en casa de Baltasar Porcel. |

## Bibliografía esencial

**Cóctel de verdad**  
LITERATURA, 1935**Diccionario de Filosofía**ATLANTE. 1941  
(La última edición es de 1994 y la revisó y amplió el profesor Josep M. Terricabras para la editorial Ariel)**Les formes de la vida catalana**  
AGRUPACIÓ PATRIÒTICA CATALANA, 1944  
(Edicions 62 prepara una nueva edición prologada por Salvador Giner)**El hombre en la encrucijada**  
SUDAMERICANA, 1952**El ser y la muerte. Bosquejo de filosofía integracionista**  
AGUILAR, 1962**El mundo del escritor**  
CRÍTICA, 1983**Joc de cartes (1948-1984). Correspondencia cruzada con Joan Oliver**  
EDICIONS 62, 1988**Ferrater Mora en una imatge de 1958**

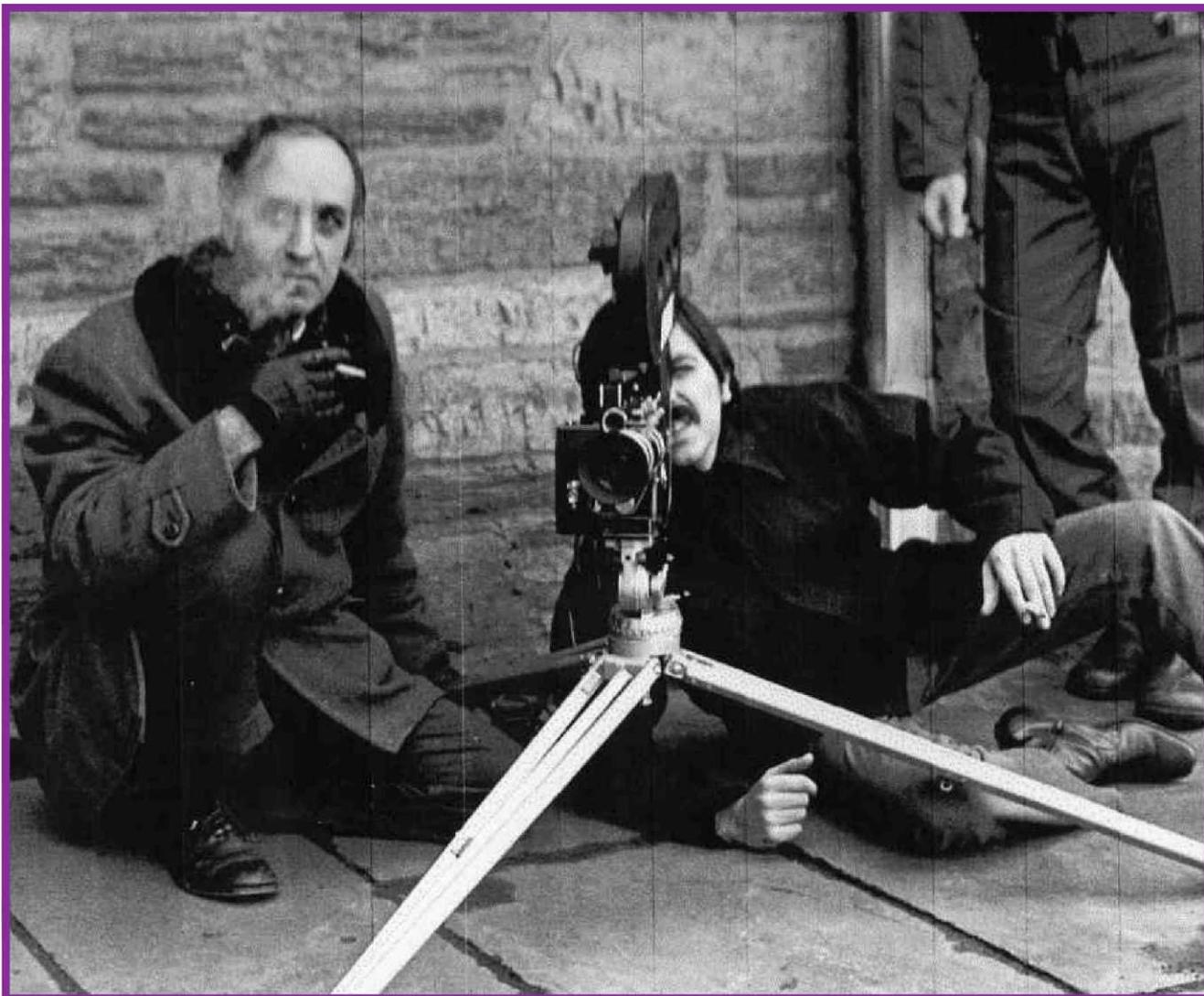
## Ferrater Mora y Francisco Ayala

# El fin (y la finalidad) de la esperanza

MIQUEL OSSET

En diciembre de 1949 *Les Temps Modernes* incluía un largo artículo titulado *La fin de l'espoir* (El fin de la esperanza). Un autor desconocido, bajo el seudónimo Juan Hermanos, hacía un guiño trágico a André Malraux y certificaba diez años después del final de la Guerra Civil la imposibilidad de toda expectativa razonable de cambio en España. Restablecidas las relaciones diplomáticas con Argentina, Inglaterra y Estados Unidos, la con-

solidación del régimen era un hecho. Muchos exiliados se vieron obligados a escoger entre un regreso humillante o una adaptación definitiva a sus países de acogida. Otros, no obstante, no sufrieron con especial rudeza la nueva decepción pues mucho antes habían optado por la permanencia y evitaban la melancolía innecesaria. Fue el caso de Francisco Ayala y de Ferrater Mora. Y ese fue el año del inicio de su correspondencia, mantenida durante treinta y cinco años.

**FERRATER MORA  
CINEASTA**

Tal vez sea anacrónico catalogar a Josep Ferrater Mora como un humanista, pero es una definición que podría resultar útil. Esencialmente filósofo, estuvo atento, sin embargo, a las formas de exploración de la realidad propias de su tiempo, desde la ciencia pasando por la fotografía hasta el cine. Propietario de una importante videoteca, analista perspicaz del séptimo arte (destaca una valiosa serie de artículos publicados en 'La Vanguardia'), a finales de los sesenta empezó a experimentar con una cámara de Súper 8 y desde entonces filmó varias películas de cine amateur

En 1949, Ayala publica sus primeros libros de narrativa tras el fin de la Guerra Civil: *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*. Diez años de distanciamiento hacían posible la génesis de dos de sus mejores obras. Tiempo suficiente para acallar "un solitario impulso brotado de dentro (...) una necesidad interna de esclarecer mis propias circunstancias vitales". Por su parte, Ferrater Mora finalizaba la tercera edición de su *Diccionario de Filosofía*, la que había de proporcionarle una proyección internacional definitiva.

Su correspondencia cruzada incluye un amplio crisol de temas, que permite hacerse una idea precisa del mundo de los exiliados en el contexto académico norteamericano. Comparten opiniones acerca de sus publicaciones respectivas, enviadas puntualmente y comentadas en la mayoría de los casos. Se dan a conocer sus proyectos. En el caso de Ayala, por ejemplo, el inicio de la revista *La Torre*: impresa en México, distribuida desde Puerto Rico, a juicio de Ferrater Mora

"la mejor revista del mundo". O sus colaboraciones respectivas en la *Revista de Occidente*, donde Ayala había colaborado antes de la guerra y que después sería la gran puerta de entrada al público español para Ferrater Mora desde el exilio. De hecho, la correspondencia da cuenta de la extensísima presencia de ambos autores en el amplio abanico de revistas del momento, tanto en el exilio como en el interior.

Los chismes y la ironía forman parte del tono compartido, una vez superada la fase inicial de formalidades. No son pocos los personajes que acaban siendo objeto de pullas: Eduardo Nicol, Julián Marías, Max Aub... Editores incompetentes, críticos desinformados o estudiantes desmotivados son blanco preferido de sus ataques. Ambos parecen disfrutar en mostrar un distanciamiento irónico compartido ante lo que es, en el fondo, una gran exigencia de rigor intelectual y ético que, en ocasiones, deviene ejercicio de prudencia ante riesgos de manipulación a distancia. Am-

bos recelan, por ejemplo, de la invitación cursada por Dionisio Ridruejo en 1963 para formar parte de un comité español de personalidades con proyección internacional que diera visibilidad a la oposición intelectual al franquismo. "Yo no pienso contestarles hasta haber intercambiado impresiones contigo", le confiesa Ayala a Ferrater

### Desde el exilio, Ayala y Ferrater comparten complicidades, como la exigencia de rigor intelectual y ético

Mora, para acabar finalmente declinando la invitación: "En definitiva, ellos quieren hacer lo que siempre han hecho los políticos, que es usar el nombre y prestigio posible de los intelectuales para ir a lo suyo".

Los viajes iniciáticos de intelectuales del exilio interior hacia Estados Unidos quedan registrados: Aranguren, Tierno Galván, Javier Pradera, etcétera, buscarán el con-

tacto directo con ambos para ir reconstruyendo puentes que, no obstante, el franquismo nunca había logrado destruir completamente. Esos viajes de ida pronto lo serán de vuelta y el regreso a España, paulatino en ambos casos, es quizá la parte más emotiva del epistolario. Así, en 1952, Ferrater Mora regresa por unos días a Barcelona y se reencuentra con familia y amigos (Joan Oliver, Josep Maria Cruzet, Carles Riba...). Esas breves visitas se harán cada vez más frecuentes e irán fortaleciendo su presencia en el interior. El país que Ferrater Mora se encuentra ya es otro, como no podía ser de otro modo tras su marcha a pie en enero de 1939, cruzando la frontera francesa junto a su maestro, mentor y amigo íntimo, Herminio Almendros. Pero ese país da sus primeros pasos en la búsqueda de espacios de libertad. A ello contribuirán ambos autores normalizando progresivamente con su presencia una realidad que pronto cambiaría de modo irreversible y de la que ellos serían referentes ineludibles. |

**SETMANA DEL  
LIBRE CATALÀ**

Av. de la Catedral (Barcelona). Hasta el 16 de septiembre.  
[www.lasetmana.cat](http://www.lasetmana.cat)